

Violencia sexual contra hombres y niños

por Wynne Russell

Es bien sabido que los conflictos armados y la violencia sexual contra las mujeres y las niñas suelen ir de la mano. Lo que no se conoce tanto es que los conflictos armados y sus secuelas también suponen un peligro sexual para los hombres y los niños.

La gran reticencia de muchos hombres y niños a la hora de denunciar la violencia sexual hace que sea muy difícil evaluar su alcance con precisión. Es casi seguro que, en las pocas estadísticas existentes, el número de víctimas masculinas no esté representado en todo su alcance. No obstante, en la última década, se ha constatado la existencia de violencia de carácter sexual contra hombres y niños –que incluye la violación, tortura sexual, mutilación de genitales, esclavitud sexual, incesto obligado y violación forzada– en 25 conflictos armados de todo el mundo. Si se amplía este recuento para incluir los casos de explotación sexual de los niños desplazados por conflictos violentos, la lista abarca la mayor parte de los 59 conflictos armados identificados en el reciente Informe sobre Seguridad Humana.¹

El problema de la violencia sexual dirigida contra los varones no es desconocido para la comunidad de ayuda humanitaria. Muchas organizaciones internacionales –organismos de Naciones Unidas, organizaciones gubernamentales e intergubernamentales, ONG internacionales, tribunales penales internacionales– han reconocido el problema en sus publicaciones y, además, su personal muestra un elevado grado de sensibilización y preocupación individual. Sin embargo, la violencia sexual dirigida contra los varones sigue estando, en general, sin documentar.

Se sabe muy poco del alcance o de la naturaleza de ese tipo de violencia, o acerca de las consecuencias psicosociales para los sobrevivientes varones. Para los sobrevivientes particulares, esta ignorancia conlleva una falta de asistencia y justicia. Las organizaciones que han dedicado esfuerzos preliminares para llegar a los sobrevivientes se han visto perjudicadas con frecuencia por la falta de concienciación sobre el problema tanto por parte de los sobrevivientes

como de su personal. Incluso cuando algunos tribunales internacionales incluyen a las víctimas masculinas en las definiciones de violencia sexual, la legislación nacional de muchos países no las incluye, sobre todo en los casos en los que las relaciones homosexuales acarrear penas judiciales.² Sólo podemos tratar de imaginar el impacto humano que tiene esta marginación y falta de atención.

Mientras tanto, seguimos sin saber qué repercusión tiene ese tipo de violencia en la perpetuación de los conflictos o en la elección de formas específicas de violencia como represalia. No comprendemos su impacto en la reintegración de los combatientes adultos o niños después del conflicto armado, ni de los civiles obligados a violar a miembros de su familia o comunidad. No somos conscientes de cómo afecta a la incidencia de la violencia sexual y de otro tipo contra las mujeres y los menores, entre los que se encuentran refugiadas y niños-soldado, durante y después de los conflictos. Respecto al comercio mundial de personas y de sexo, seguimos desconociendo su contribución a la prostitución, al sexo de supervivencia o la trata de personas durante y después de los conflictos en situaciones de refugiados / desplazados internos. No conocemos la vinculación entre la violencia relacionada con conflictos y la violencia sexual dentro de las instituciones, como el ejército, las fuerzas policiales y los sistemas penales.

De la poca información publicada sobre la materia, así como de la destreza de muchos, es posible hacer algunas observaciones.

La violencia sexual contra los hombres y niños puede surgir en cualquier tipo de conflicto –desde guerras interestatales hasta conflictos localizados, pasando por guerras civiles– y en cualquier contexto cultural. Tanto los hombres como los niños son vulnerables por

igual en situaciones de conflicto y en países de asilo. En algunos lugares, al parecer, más del 50% de los detenidos son sometidos a torturas de carácter sexual. Sin embargo, tanto los adultos como los niños son también vulnerables durante las operaciones militares en zonas civiles y en situaciones de reclutamiento militar o secuestro para que combatan en fuerzas paramilitares. Al mismo tiempo, los niños son también extremadamente vulnerables en las circunstancias de refugiados/desplazados internos.

Aparte de ser actos de sadismo individual, los principales objetivos manifiestos de la violencia de carácter sexual contra hombres y niños parecen ser la tortura, la iniciación e integración en fuerzas militares o paramilitares, el castigo a personas determinadas y una estrategia de guerra concebida para aterrorizar, desmoralizar y destrozar la cohesión familiar y comunitaria.³

Pero lo fundamental es que la mayor parte de la violencia sexual constituye un mecanismo mediante el cual los hombres son colocados o mantenidos en una posición subordinada a otros hombres. La violencia sexual dirigida contra los varones ayuda a sacar a la luz el fenómeno más amplio de la violencia sexual relacionada con conflictos armados (incluida la dirigida contra las mujeres y niñas, que representan las víctimas más numerosas) como lo que es: no “una cosa de chicos”, sino un ejercicio de poder y humillación.

Necesidades

Es crucial realizar una compilación de datos sistemática. Las organizaciones que trabajan en zonas afectadas por conflictos deben redoblar sus esfuerzos para identificar a los varones sobrevivientes de agresiones sexuales y para crear categorías en informes sobre la violencia que afecta a la sexualidad masculina y su capacidad reproductora, como la mutilación de los genitales. Todos los datos deben ser susceptibles de desglose por sexo y edad.

Es necesario establecer mecanismos para que los expertos debatan cómo proporcionar asistencia a los hombres y niños sobrevivientes. Dado el carácter extremadamente delicado de la cuestión,

tanto para aquéllos como para las comunidades, es necesario meditar con cuidado sobre las estrategias. Muchos de los que he entrevistado recalcaron la dificultad de elaborar programas para varones sobrevivientes, ya que a menudo tienen necesidades muy distintas a las de las mujeres sobrevivientes y suelen ser tremendamente reacios a la hora de hablar de la violencia que han sufrido o de sus consecuencias. Por lo general, las necesidades de los sobrevivientes cambian según el contexto cultural. Crear mecanismos para que se produzcan debates entre expertos dentro de cada contexto cultural y, de forma colectiva, en todas las situaciones ayudaría a los gestores de programas a formular estrategias eficaces y, de manera más general, también ayudaría a que progrese el campo de los estudios sobre traumas.

Es necesario que los varones sobrevivientes estén plenamente representados en las iniciativas internacionales en materia de justicia y que se les incluya en las legislaciones nacionales sobre violencia sexual. El procesamiento en el Tribunal Penal Internacional para la Ex-Yugoslavia⁴ de los perpetradores de violencia sexual contra varones sobrevivientes y la reciente ampliación del delito de violación a los hombres en la República Democrática del Congo constituyen ejemplos positivos.

Los agentes de asistencia humanitaria deben reconocer que, para los varones sobrevivientes, la violencia sexual no es simplemente otra forma de tortura. La violencia sexual y por motivos de género es una agresión especialmente cruel contra la identidad personal y social, cuyas consecuencias psicológicas suelen durar mucho más que las de otras formas

de violencia física. Necesitamos tener cuidado para no dañar inadvertidamente a otros grupos vulnerables. Hay que diseñar con cuidado las estrategias psicológicas dirigidas a las necesidades específicas de los varones sobrevivientes para evitar reforzar sin querer conceptos como la dominación masculina sobre las mujeres o la homofobia.

Wynne Russell es profesor visitante en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional Australiana <http://rspas.anu.edu.au/ir>. Correo electrónico: wynneoz@yahoo.com.au

1. www.humansecurityreport.info/index.php?option=content&task=view&id=28&Itemid=63
2. Véase el artículo de Rodríguez p45 sobre la reciente ampliación de la legislación sobre violaciones en la RDC para incluir a ambos sexos.
3. Gracias a Françoise Duroch de Médecins Sans Frontières por estas observaciones.
4. www.un.org/icty

Violencia sexual y transmisión del VIH/SIDA

por Jennifer Klot y Pam DeLargy

Las altas tasas de violencia sexual en el África subsahariana quizás puedan explicar los índices de contagio desproporcionados entre las mujeres jóvenes en comparación con los hombres, así como facilitar un nuevo marco conceptual para entender la cuestión de la transmisión del VIH.

La violencia sexual está infravalorada como factor de riesgo y de transmisión del VIH, tanto en los conflictos armados como en otras situaciones. La violencia sexual y la coacción incrementan la predisposición al VIH en la medida en que el sexo no consentido está asociado a un aumento del trauma genital y de heridas por el coito, y a algunos factores de riesgo como la posibilidad de que exista penetración anal, la vulnerabilidad de chicas adolescentes y la diferencia de edad entre los participantes. El incremento del riesgo también se asocia a la posible infección del perpetrador, a la incidencia y predominio de la violencia sexual, incluida la violación en grupo, y a la posibilidad de contraer infecciones de transmisión sexual (ITS) ulcerosas y el VIH. Sólo hace falta una mínima herida genital, ya sea interna o externa, para proporcionarle al virus acceso a células que pueden ser infectadas.

Si la violencia sexual constituye un factor significativo de riesgo de contagio de VIH, de ahí se desprende que los conflictos armados suponen una mayor probabilidad de infección por VIH, sobre todo en aquellos lugares donde se usa la violación como un arma de guerra, donde la existencia de menores medidas de seguridad contribuye a una alta incidencia de la violencia sexual oportunista o donde ya existe una infección por VIH entre la población. Dados los altos niveles de violencia sexual que se producen en muchos países afectados por conflictos armados con una preponderancia del VIH (como la República Democrática del Congo, Liberia, Burundi y Costa de Marfil), este aspecto podría ser uno de los principales causantes de la extensión de la epidemia.

Cada vez son más numerosos los estudios que demuestran que la violencia sexual durante las guerras no desaparece al firmarse un acuerdo de paz.¹ En muchos casos, como en Liberia, los niveles de

violencia sexual continúan siendo altos durante la posguerra y, en algunos países, la violencia contra las mujeres puede incluso aumentar en este periodo, aunque esta dinámica puede cambiar.² Entender cómo evolucionan los patrones de comportamiento a través del tiempo es primordial para proporcionar una prevención y una respuesta efectivas al VIH. Sin embargo, la mayor parte de las escasas publicaciones que tratan sobre la conexión entre conflictos armados y VIH/SIDA sólo identifican la violencia sexual como un factor entre los muchos que pueden incrementar la posibilidad de contraer el VIH en un conflicto armado (entre estos factores se encuentran la movilidad y los desplazamientos de la población, la pobreza, la imposibilidad de acceder a servicios de salud e información, las transfusiones sanguíneas poco seguras, las interacciones entre militares y civiles, los cambios en las estructuras familiares y sociales, el impacto demográfico, los traumas psicológicos, el uso de sustancias ilegales y las ITS).

La cuestión no es negar la importancia de estos factores, sino distinguir entre “desencadenantes” y “factores de riesgo”. Las circunstancias descritas anteriormente